**Fin de siglo místico**

# LA REVANCHA DE DIOS

**Hace mil años, cuando se acercaba el otro fin de milenio, también se pensó que llegaba el fin del mundo y la religiosidad creció. Hoy, mientras se acerca el 2000, el fenómeno parece repetirse, claro que con algunas diferencias: la secularización iniciada en el siglo XVIII por primera vez está cuestionada en vastos sectores del planeta y se teme —cosa inédita— que se empiece a transitar el camino inverso. La creciente religiosidad es paralela tanto en pueblos árabes como judíos o cristianos, y en todos los casos las que más se fortalecen son sus versiones "hard", los fundamentalismos. Este *Futuro* incluye notas de tres especialistas en religión que especulan sobre cómo puede ser un mundo cada vez más místico.**




# FUTURO

*Por Gilles Kepel*

## Dónde hay un agnóstico, v

# MIEDO AL AN

En la Edad Media, al aproximarse el año 1000, un sentimiento de pánico se apoderó de gran número de europeos que esperaban ver llegar el fin del mundo sin otra esperanza que la fe en Dios. Desde entonces han cambiado profundamente las mentalidades y la sociedad se ha secularizado en profundidad, lo cual no quita que un sentimiento de inquietud se haya propagado por este fin del segundo milenio de la era cristiana en vista de las gigantescas conmociones que se han producido estos últimos años en la organización del mundo y del caos que se presiente (por ejemplo, a raíz de la disgregación del imperio soviético). En este clima de incertidumbre, de pérdidas de las referencias, buenas o malas, que estructuraban las relaciones internacionales y el orden mundial desde 1945, han visto la luz numerosos movimientos de reafirmación de lo religioso en la escena política. Se trate de judíos, de cristianos o de musulmanes, todos consideran que los infortunios de la humanidad vienen de que la razón humana ha querido emanciparse de la fe, de la observancia de lo que exhortan los textos sagrados; que el proceso de secularización, de pérdida de iniciativa de la religión sobre la organización social y política, que se inicia con el Siglo de las Luces, ha producido directamente las peores desgracias del siglo XX, el nazismo y el stalinismo, que olvidan que en primer lugar el hombre es una criatura de Dios; pero también todas esas formas de desmembración social como la toxicomanía, la degradación de los extrarradios en guetos, el considerable desarrollo de la xenofobia, el racismo y los procesos exclusivistas.

Para salir de tales atolladeros, los nuevos movimientos (cristianos, judíos o musulmanes) predican el retorno a la estricta observancia de los mandatos de la religión tanto en la vida privada como en la existencia pública. De ahí la aplicación de la shari' TMúa en el mundo musulmán, de la halakha en el mundo judío, el combate contra el aborto, por ejemplo, en el mundo cristiano. Son también, en el desmoronamiento del comunismo (Estados e ideologías mezclados), los iconos que hoy se esgrimen en las manifestaciones de Kiev o de Moscú, tras las huelgas de los años ochenta en Polonia, donde los obreros desafiaban el poder dictatorial comulgando en los astilleros de Gdansk con una imagen de la Virgen María en el ojal.

¿Participan todos estos movimientos de la misma lógica o bien pertenecen a registros diferentes? ¿Es preciso temerles primero (o admirarlos, según sus opciones) o, por el contrario, hay que tratar de analizarlos para comprender no sólo cuáles son sus planes, de dónde se nutren y las causas de sus éxitos y fracasos, sino, sobre todo, lo que dicen de las disfunciones de nuestra sociedad? No hay duda de que lo primero es tomárselos en serio y, se comparta o no su visión del mundo, comprender a qué tipos de necesidades han sabido responder en su momento. En muchos aspectos, el retorno de la religión a la escena política tras la ola de secularización ocurrida en los decenios que siguieron a la II Guerra Mundial se manifiesta como una revancha.

Es en la segunda mitad de los años setenta cuando se producen por primera vez en la historia contemporánea los fenómenos que harán perceptible esta revancha de Dios. Se trata únicamente de síntomas, y es importante situarlos en un contexto global si se pretende descubrir las causas.

La llegada al poder de Menahem Beguin como primer ministro de Israel en 1977 puso fin a casi tres décadas en las que el Partido Laborista había monopolizado el ejercicio del poder, favoreciendo una concepción laica y socializante del sionismo. Para los fundadores de Israel en 1948, la identidad del nuevo Estado se basaba en la pertenencia de la mayor parte de sus ciudadanos al pueblo judío y en absoluto en una concepción religiosa acatadora del judaísmo. Además, los sionistas habían combatido duramente a los rabinos ortodoxos, que se negaron a que sus fieles emigraran a Palestina durante la II Guerra Mundial, manteniéndolos en guetos de la Europa del Este y abandonándolos así al exterminio nazi. Para los religiosos ortodoxos, efectivamente, sólo el Mesías podía llevar de nuevo a la tierra prometida a los judíos dispersos por todo el mundo, y que un movimiento político y laico como el sionismo se erigiera en su promotor se consideraba una blasfemia. Pero a partir de 1977, y hasta hoy mismo, los partidos religiosos, que se han desarrollado en el electorado israelí hasta controlar algo más del 15 por ciento de los votos, se han convertido en compañeros indispensables de las coaliciones en el poder en Jerusalén.

Han conseguido hacer modificar la legislación en el sentido de una mayor compatibilidad entre la ley civil y la halakha religiosa, y ocupan un espacio cada vez más visible. En la zona judía de Jerusalén, cerca de un 40 por ciento de los habitantes vive en el seno de nuevos guetos constituidos por los judíos religiosos a fin de aislarse de los judíos laicos (poniendo las barreras la noche del "sabbath" para impedir la circulación rodada, educando a su numerosa progenie en el marco estricto de las escuelas religiosas "yeshivot" para sustraerla a los peligros de la enseñanza laica del Estado).

En setiembre de 1978, el cónclave eleva al pontificado de la Iglesia Católica al cardenal polaco Karol Wojtyla, bajo el nombre de Juan Pablo II. El nuevo papa, si bien no pone en cuestión la lógica del aggiornamento establecida en el Concilio Vaticano II, fija claramente como prioridad de su pontificado la nueva evangelización. Según él y los cardenales más influyentes de la Curia actual, como Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, o Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, el mundo cristiano ha caído en el paganismo, un paganismo cuyos dioses ya no se llaman Apolo o Diónisos, sino consumo, culto al cuerpo, erotismo, dinero o poder. La nueva evangelización aspira a restaurar una moral cristiana que recree una ética social fuerte, generadora de un proyecto de existencia y de solidaridad entre creyentes que vaya más allá de la yuxtaposición de los egoísmos. Su forma de actuar pasa por la reafirmación de la identidad católica, la puesta en marcha de sus virtudes específicas, la ruptura con los hábitos y costumbres del entorno pagano, a fin de crear primero un modelo que se propague rápidamente a todo el conjunto de la sociedad: para Europa, esto es el espíritu de Compostela, que pretende enraizar de nuevo al Viejo Continente en su identidad cristiana bimilenaria.

En 1979, el mundo musulmán es sacudido por el sismo de la revolución islámica en Irán, que derriba al régimen del sha y lleva al poder al ayatola Jomeini. Este instaura la primera república islámica del mundo contemporáneo y empieza a aplicar la ley de Dios, o shari'TMúa. Todos piensan entonces (temiéndolo o esperándolo) que, a semejanza de las revoluciones francesa o rusa, la iraní va a diseminarse por todo el mundo musulmán. De hecho, no sucede nada de eso: pese a la conmoción política de raíz islamista que alcanza su paroxismo con el asesinato del presidente Anuar el Sadat a manos del grupo Al Yihad en octubre de 1981 y el levantamiento de la ciudad de Hama (Siria) a instigación de los Hermanos Musulmanes en febrero de 1982, en ninguna parte desembocan estos acontecimientos en una toma del poder como sucedió en Irán. La paradoja tiene, sobre todo, su explicación en el carácter particular de la situación del Islam chiita, que predomina en Irán, por oposición al Islam sunita, que atañe a cerca del 85 por ciento de los musulmanes en todo el mundo, o sea, la inmensa mayoría. Efectivamente, el triunfo de la revolución en Irán fue debido a una alianza entre dos capas socioculturales diferentes: un sector del clero chiita, conducido por Jomeini, y los jóvenes intelectuales islamistas radicalizados, educados en las universidades laicas y muy representativas de las disciplinas clásicas de las ciencias aplicadas (medicina, ingeniería, informática, etcétera). El clero chiita, a lo largo de la historia, ha sido tradicionalmente independiente del poder político: en efecto, para los chiitas el poder legítimo corresponde a los imanes del linaje de Alí, el último de los cuales desapareció, se ocultó, en el año 941 de nuestra era. Y mientras dura esta ocultación, el mundo se llena de tinieblas y de iniquidad; los hombres sólo recobrarán la luz y la justicia cuando regrese este imán escondido, el Mahdi o Mesías. El clero chiita, partiendo de esta concepción del mundo, estima que los detentadores del poder político no merecen más que una fidelidad de fachada. La verdadera fidelidad va a parar al Mahdi. Pero esto no ha significado que fuera preciso hacer la revolución: a fin de encontrar un modus vivendi que protegiera su independencia evitándoles al mismo tiempo exponerse a las iras del poder establecido, los ayatolas del chiismo han predicado el quietismo en política. Con la llegada de Jomeini dicha actitud se modifica radicalmente, la impiedad del sha es vituperada y las masas son llamadas a derrocarlo en nombre de Dios.

Este cambio se explica por el hecho de que Jomeini y sus allegados habían tomado en cuenta la existencia de esta capa de jóvenes cultos, descontentos de su suerte, que buscan en los textos sagrados del Islam la utopía de la sociedad a construir. La alianza entre estos jóvenes a los que se ha apodado "doctores en filosofía con barba" y el clero es lo que ha permitido desencadenar la revolución y hacer bascular durante el proceso a una parte significativa de la población, asegurando el éxito de la operación. A modo de desquite, en el mundo sunita, los ulemas (doctores de la ley islámica), que siempre han dudado mucho en proclamar la ilegitimidad del gobierno en tierras del Islam y que más bien han tratado de amonestarlo con el objeto de que se reformara cuando se alejaba de la aplicación de los preceptos de la religión, se han negado en conjunto a aliarse con los jóvenes revolucionarios. De este modo, cuando Sadat fue asesinado "en nombre de Alá" porque a ojos de sus asesinos era un apóstata, los ulemas egipcios denunciaron airadamente este acto y declararon nulos los avales religiosos de los que se valían. Esta reticencia de los ulemas ha jugado un importante papel para evitar que la mayoría del pueblo, a semejanza de Irán, se inclinara hacia la revolución.

El fenómeno de la enorme representatividad de jóvenes licenciados en las disciplinas uni-



## Dónde hay un agnóstico, viejo Gómez

# MIEDO AL AÑO 2000

*Por Gilles Kepel*

En la Edad Media, al aproximarse el año 1000, un sentimiento de pánico se apoderó de gran número de europeos que esperaban ver llegar el fin del mundo sin otra esperanza que la fe en Dios. Desde entonces han cambiado profundamente las mentalidades y la sociedad se ha secularizado en profundidad, lo cual no quita que un sentimiento de inquietud se haya propagado por este fin del segundo milenio de la era cristiana en vista de las gigantescas conmociones que se han producido estos últimos años en la organización del mundo y del caos que se presiente (por ejemplo, a raíz de la disgregación del imperio soviético). En este clima de incertidumbre, de pérdidas de las referencias, buenas o malas, que estructuraban las relaciones internacionales y el orden mundial desde 1945, han visto la luz numerosos movimientos de reafirmación de lo religioso en la escena política. Se trate de judíos, de cristianos o de musulmanes, todos consideran que los infortunios de la humanidad vienen de que la razón humana ha querido emanciparse de la fe, de la observancia de lo que exhortan los textos sagrados; que el proceso de secularización, de pérdida de iniciativa de la religión sobre la organización social y política, que se inicia con el Siglo de las Luces, ha producido directamente las peores desgracias del siglo XX, el nazismo y el stalinismo, que olvidan que en primer lugar el hombre es una criatura de Dios; pero también todas esas formas de desmembración social como la toxicomanía, la degradación de los extrarradios en guetos, el considerable desarrollo de la xenofobia, el racismo y los procesos exclusivistas.

Para salir de tales atolladeros, los nuevos movimientos (cristianos, judíos o musulmanes) predican el retorno a la estricta observancia de los mandatos de la religión tanto en la vida privada como en la existencia pública. De ahí la aplicación de la shari' TMúa en el mundo musulmán, de la halakha en el mundo judío, el combate contra el aborto, por ejemplo, en el mundo cristiano. Son también, en el desmoronamiento del comunismo (Estados e ideologías mezclados), los iconos que hoy se esgrimen en las manifestaciones de Kiev o de Moscú, tras las huelgas de los años ochenta en Polonia, donde los obreros desafiaban el poder dictatorial comulgando en los astilleros de Gdansk con una imagen de la Virgen María en el ojal.

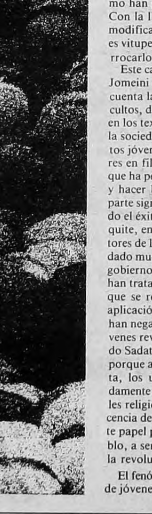
¿Participan todos estos movimientos de la misma lógica o bien pertenecen a registros diferentes? ¿Es preciso temerles primero (o admirarlos, según sus opciones) o, por el contrario, hay que tratar de analizarlos para comprender no sólo cuáles son sus planes, de dónde se nutren y las causas de sus éxitos y fracasos, sino, sobre todo, lo que dicen de las disfunciones de nuestra sociedad? No hay duda de que lo primero es tomárselos en serio y, se comparta o no su visión del mundo, comprender a qué tipos de necesidades han sabido responder en su momento. En muchos aspectos, el retorno de la religión a la escena política tras la ola de secularización ocurrida en los decenios que siguieron a la II Guerra Mundial se manifiesta como una revancha.

Es en la segunda mitad de los años setenta cuando se producen por primera vez en la historia contemporánea los fenómenos que harán perceptible esta revancha de Dios. Se trata únicamente de síntomas, y es importante situarlos en un contexto global si se pretende descubrir las causas.

La llegada al poder de Menahem Beguin como primer ministro de Israel en 1977 puso fin a casi tres décadas en las que el Partido Laborista había monopolizado el ejercicio del poder, favoreciendo una concepción laica y socializante del sionismo. Para los fundadores de Israel en 1948, la identidad del nuevo Estado se basaba en la pertenencia de la mayor parte de sus ciudadanos al pueblo judío y en absoluto en una concepción religiosa acatadora del judaísmo. Además, los sionistas habían combatido duramente a los rabinos ortodoxos, que se negaron a que sus fieles emigraran a Palestina durante la II Guerra Mundial, manteniéndolos en guetos de la Europa del Este y abandonándolos así al exterminio nazi. Para los religiosos ortodoxos, efectivamente, sólo el Mesías podía llevar de nuevo a la tierra prometida a los judíos dispersos por todo el mundo, y que un movimiento político y laico como el sionismo se erigiera en su promotor se consideraba una blasfemia. Pero a partir de 1977, y hasta hoy mismo, los partidos religosos, que se han desarrollado en el electorado israelí hasta controlar algo más del 15 por ciento de los votos, se han convertido en compañeros indispensables de las coaliciones en el poder en Jerusalén.

Han conseguido hacer modificar la legislación en el sentido de una mayor compatibilidad entre la ley civil y la halakha religiosa, y ocupan un espacio cada vez más visible. En la zona judía de Jerusalén, cerca de un 40 por ciento de los habitantes vive en el seno de nuevos guetos constituidos por los judíos religiosos a fin de aislarse de los judíos laicos (poniendo las barreras la noche del "sabbath" para impedir la circulación rodada, educando a su numerosa progenie en el marco estricto de las escuelas religiosas "yeshivot" para sustraerla a los peligros de la enseñanza laica del Estado).

En setiembre de 1978, el cónclave eleva al pontificado de la Iglesia Católica al cardenal polaco Karol Wojtyla, bajo el nombre de Juan Pablo II. El nuevo papa, si bien no pone en cuestión la lógica del aggiornamento establecida en el Concilio Vaticano II, fija claramente como prioridad de su pontificado la nueva evangelización. Según él y los cardenales más influyentes de la Curia actual, como Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, o Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, el mundo cristiano ha caído en el paganismo, un paganismo cuyos dioses ya no se llaman Apolo o Diónisos, sino consumo, culto al cuerpo, erotismo, dinero o poder. La nueva evangelización aspira a restaurar una moral cristiana que recree una ética social fuerte, generadora de un proyecto de existencia y de solidaridad entre creyentes que vaya más allá de la yuxtaposición de los egoísmos. Su forma de actuar pasa por la reafirmación de la identidad católica, la puesta en marcha de sus virtudes específicas, la ruptura con los hábitos y costumbres del entorno pagano, a fin de crear primero un modelo que se propague rápidamente a todo el conjunto de la sociedad: para Europa, esto es el espíritu de Compostela, que pretende enraizar de nuevo al Viejo Continente en su identidad cristiana bimilenaria.



En 1979, el mundo musulmán es sacudido por el sismo de la revolución islámica en Irán, que derriba al régimen del sha y lleva al poder al ayatola Jomeini. Este instaura la primera república islámica del mundo contemporáneo y empieza a aplicar la ley de Dios, o shari'TMúa. Todos piensan entonces (temiéndolo o esperándolo) que, a semejanza de las revoluciones francesa o rusa, la iraní va a diseminarse por todo el mundo musulmán. De hecho, no sucede nada de eso: pese a la conmoción política de raíz islamista que alcanza su paroxismo con el asesinato del presidente Anuar el Sadat a manos del grupo Al Yihad en octubre de 1981 y el levantamiento de la ciudad de Hama (Siria) a instigación de los Hermanos Musulmanes en febrero de 1982, en ninguna parte desembocan estos acontecimientos en una toma del poder como sucedió en Irán. La paradoja tiene, sobre todo, su explicación en el carácter particular de la situación del Islam chiita, que predomina en Irán, por oposición al Islam sunita, que atañe a cerca del 85 por ciento de los musulmanes en todo el mundo, o sea, la inmensa mayoría. Efectivamente, el triunfo de la revolución en Irán fue debido a una alianza entre dos capas socioculturales diferentes: un sector del clero chiita, conducido por Jomeini, y los jóvenes intelectuales islamistas radicalizados, educados en las universidades laicas y muy representativas de las disciplinas clásicas de las ciencias aplicadas (medicina, ingeniería, informática, etcétera). El clero chiita, a lo largo de la historia, ha sido tradicionalmente independiente del poder político: en efecto, para los chiitas el poder legítimo corresponde a los imanes del linaje de Alí, el último de los cuales desapareció, se ocultó, en el año 941 de nuestra era. Y mientras dura esta ocultación, el mundo se llena de tinieblas y de iniquidad; los hombres sólo recobrarán la luz y la justicia cuando regrese este imán escondido, el Mahdi o Mesías. El clero chiita, partiendo de esta concepción del mundo, estima que los detentadores del poder político no merecen más que una fidelidad de fachada. La verdadera fidelidad va a parar al Mahdi. Pero esto no ha significado que fuera preciso hacer la revolución: a fin de encontrar un modus vivendi que protegiera su independencia evitándoles al mismo tiempo exponerse a las iras del poder establecido, los ayatolas del chiismo han predicado el quietismo en política. Con la llegada de Jomeini dicha actitud se modifica radicalmente, la impiedad del sha es vituperada y las masas son llamadas a derrocarlo en nombre de Dios.

Este cambio se explica por el hecho de que Jomeini y sus allegados habían tomado en cuenta la existencia de esta capa de jóvenes cultos, descontentos de su suerte, que buscan en los textos sagrados del Islam la utopía de la sociedad a construir. La alianza entre estos jóvenes a los que se ha apodado "doctores en filosofía con barba" y el clero es lo que ha permitido desencadenar la revolución y hacer bascular durante el proceso a una parte significativa de la población, asegurando el éxito de la operación. A modo de desquite, en el mundo sunita, los ulemas (doctores de la ley islámica), que siempre han dudado mucho en proclamar la ilegitimidad del gobierno en tierras del Islam y que más bien han tratado de amonestarlo con el objeto de que se reformara cuando se alejaba de la aplicación de los preceptos de la religión, se han negado en conjunto a aliarse con los jóvenes revolucionarios. De este modo, cuando Sadat fue asesinado "en nombre de Alá" porque a ojos de sus asesinos era un apóstata, los ulemas egipcios denunciaron airadamente este acto y declararon nulos los avales religiosos de los que se valían. Esta reticencia de los ulemas ha jugado un importante papel para evitar que la mayoría del pueblo, a semejanza de Irán, se inclinara hacia la revolución.

El fenómeno de la enorme representatividad de jóvenes licenciados en las disciplinas universitarias de las ciencias aplicadas en los movimientos de reafirmación religiosa dentro de la escena política y social no se limita al mundo musulmán: se da asimismo en los movimientos cristianos y judíos.

El teleevangelista Jerry Falwell, líder de la Mayoría Moral norteamericana, tiene estudios de ingeniería aeronáutica; el movimiento Lubavitch, el más importante de los grupos judíos que pregonan un retorno a la más estricta observancia religiosa, cuenta con numerosos estudiosos de la informática y una de sus figuras capitales en Israel, el profesor Branover, es un especialista mundialmente reconocido en magnetohidrodinámica. Ejecutivos de la industria y médicos abundan en las asociaciones carismáticas del renacimiento católico en Europa. Los electricistas han producido en Polonkia un Lech Walesa, igual que en Egipto han dado un Faraj, el ideólogo del grupo que asesinó a Sadat. Se trata de un fenómeno nuevo: estábamos acostumbrados a dar por supuesto que los medios anclados en la religión tenían como característica no haber estado expuestos a la modernidad, haber sido reclutados principalmente en el campo, en los sectores de más edad o en los menos instruidos de la población.

En EE.UU., durante los años veinte, en ocasión del "proceso del mono", el profesor Scopes fue juzgado por atreverse a decir en sus clases de ciencias naturales, en el estado de Alabama, que el hombre desciende del mono, lo que provocó el enfrentamiento de dos Américas: contra Scopes, los predicadores fundamentalistas salidos del universo rural y poco instruidos; a favor suyo, las elites internacionales venidas expresamente desde Nueva York.

A modo de revancha, hoy día la presencia de estos jóvenes con formación científica en los movimientos de reafirmación religiosa plantea nuevas cuestiones. Y en concreto la de la finalidad de un saber técnico, fragmentado, que no proporciona más que una visión parcial e instrumental del mundo sin hacer realmente posible su intelección.

Crisis de futuro, acentuada por el descalabro del mesianismo socialista y la pérdida de sustancia del enfrentamiento derecha-izquierda, crisis de la solidaridad nacida de la sociedad industrial (los sindicatos y la múltiple malla asociativa tejida por el movimiento obrero), crisis de los estados y de las naciones en el jaleo del Este, o crisis total, que suma todos estos deterioros, en el caso de una Argelia que bascula hacia el Frente Islámico de Salvación (FIS) hasta el punto de desacreditar completamente a un Frente de Liberación Nacional (FLN) que ha monopolizado el poder desde hace prácticamente tres décadas: los movimientos de reislamización, rejudaización y recristianización se han colado por estas brechas y saben utilizar un lenguaje que es inteligible para muchos de los desencantados que la posmodernidad ha dejado en la cuneta.

Restablecer un proyecto alternativo verosímil y solidaridades nuevas en el seno de un mundo inmerso en el desconcierto es a lo que deberán consagrarse las fuerzas laicas si no quieren que esta revancha de Dios inaugure el tercer milenio.



AFP

## El Islam antiiluminista

# LA VENGANZA DEL SUR

*Por François Burgat**

Cuidado, un integrismo puede esconder otros. Los musulmanes no son los únicos que se vuelven hacia el cielo para encontrar en él las respuestas que el estado secular les niega: los judíos hacen lo mismo, y los cristianos también, como nos recuerda oportunamente Gilles Kepel. El fenómeno es universal: es la revancha de Dios.

Entonces, el imán Jomeini, el rabino Kahane y monseñor Lefèvre ¿están en el mismo combate? Eso es muy precipitado; por muy estimulante que sea, el situar las tres religiones monoteístas en la misma perspectiva lleva en realidad a oscurecer, más que a aclarar, la naturaleza de la temática islamista, los términos en los que previsiblemente tendrá lugar su evolución y, sobre todo, las razones de su formidable capacidad de movilización.

Es necesario recordar que las formas de asimilación política de una religión se explican menos por su esencia dogmática que por la psicología de quienes la practican. El análisis del papel que los individuos o los grupos sociales le piden a esa religión que desempeñe no puede hacerse, por tanto, más que en estrecha relación con la dinámica histórica interna de sus respectivos entornos. Por consiguiente, tratándose de sociedades sometidas a exigencias radicalmente distintas, ¿se puede realmente establecer un paralelismo entre comportamientos (religiosos) cuando se sabe que éstos están indisolublemente ligados al ámbito de la imaginación individual y colectiva de los agentes?

Antes que el regreso de Dios, la dinámica más perceptible en este final de siglo, ¿no consistiría más bien en el regreso al primer plano del escenario mundial de sus hijos del Sur, olvidados durante un tiempo? Pero si bien este Sur no es sólo musulmán —y da lo mismo—, por su parte el Norte es, por aplastante mayoría, completamente *judeo-cristiano*, y por la circunstancias, el lenguaje de esa cultura judeo-cristiana es el que ha servido para expresar, si no para fundar, la marginalización de la que el Tercer Mundo —sobre todo el musulmán— intenta salir actualmente. En esa medida, en el Norte cristiano o judío la relación con el Sur constituye un elemento central para la formación de su identidad cultural y política. En el Sur, el episodio colonial y sus diversas secuelas forman el núcleo central de la conciencia de todo individuo. Esta realidad puede resultar deplorable o fastidiosa. Ignorarla, o fingir sorpresa ante el hecho de que puedan comprenderla aquellos que no la han vivido, equivale a considerar que la imaginación colectiva de una sociedad se renueva completamente con cada generación.

Por consiguiente, es necesario establecer claramente los límites de una posible comparación. En el Sur como en el Norte, el resurgimiento de lo religioso en el sistema de representación es una clara manifestación del malestar en que viven las sociedades que son presa de una actitud de cuestionamiento ante los valores y categorías que han dominado este siglo. Pero ahí se acaba la analogía. El éxito que desde hace varias décadas conocen las mezquitas no se debe tanto a que en ellas se hable de Dios, sino más bien al hecho de que el lenguaje que se utiliza para hacerlo emana del único recinto que ha resistido a la presión cultural del Norte. En este caso, el aparente retorno de lo religioso fomenta menos un resurgimiento de lo sagrado dentro de un universo secular que una restauración de las referencias, sobre todo políticas, de la cultura local, a las que se invita a recuperar la ambición perdida de universalidad, superando el paréntesis colonial.

### LEGADO POSCOLONIAL

Si las catedrales europeas empiezan a recibir cada vez más visitantes es sin duda porque al entrar en ellas (sobre todo en los antiguos territorios del comunismo), uno puede distanciarse de los valores seculares. Pero esos valores no pueden ser percibidos como importados, con lo que el rechazo hacia ellos pone de manifiesto una crisis de un carácter completamente distinto. Y además, tanto en el Norte como en el Sur, hay que tener en cuenta el impacto del legado poscolonial: si actualmente hay una tendencia a convertirse en cristiano es porque la protección que ofrecía la categoría nacional (en un territorio con fuertes movimientos migratorios) se vuelve cada día más inoperante.

Que la cultura del padre árabe sea una cultura religiosa hace que el lenguaje de la espiritualidad sea más eficaz a la hora de expresar la condena del Norte materialista. Pero esa convergencia coyuntural del Sur con el Norte no debería ocultar la naturaleza esencialmente diferente de las dinámicas que producen esta aparente revancha de Dios: es cierto que en "el cruce de lo político y lo religioso", el Norte y el Sur coinciden; *pero no por ello deja de ser cierto que viajan en direcciones fundamentalmente opuestas*. Para los del Sur, entre quienes la duda se atenúa, se trata de una reconquista de la identidad; para los del Norte, entre quienes la duda se instaura, se trata de una debilitación de la identidad. Mientras que el Norte rechaza una laicidad que él mismo ha fabricado, el Sur sólo se distancia de los valores laicos (que sólo una mínima elite secularizada había interiorizado plenamente) en la medida en que éstos se expresen en un lenguaje ajeno a su propia cultura. Por mucho que se quiera apartar la mirada de la periferia rigorista y oscurantista (y sobre todo marginal) de la dinámica de esta nueva islamización, y por mucho que no se quiera extrapolar la mentalidad de los asesinos de Sadat a todas las corrientes islamistas, ni interpretar este discurso islamista contemporáneo como algo más que de lo que es, es decir, ...un *discurso*, nada permite por ello prejuzgar la dinámica en curso. Al ser la cultura musulmana capaz de asimilar la distinción, la hipótesis de un resurgimiento de lo laico en el territorio árabe está lejos de verse excluida de los registros religioso y civil de la vida social.

Subestimar estas especificidades irreductibles lleva a reducir el potente proceso de oposición del Sur a la hegemonía ideológica del Norte a un simple prurito religioso que sería tan condenable (en nombre de un rechazo demasiado fácil de todos los integrismos) como extenso. Y esto llevaría a reforzar esa euforia perniciosa en la que Occidente, actualmente, y una vez más, se está durmiendo, después de una victoria técnica de su industria de armamento que se ha alzado demasiado de prisa en garante de su etnocentrismo.

* *Miembro del CNRS-CEDEJ de El Cairo.*

ejo Gómez

y

# ÑO 2000

ersitarias de las ciencias aplicadas en los movimientos de reafirmación religiosa dentro de la escena política y social no se limita al mundo musulmán: se da asimismo en los movimientos cristianos y judíos.

El teleevangelista Jerry Falwell, líder de la Mayoría Moral norteamericana, tiene estudios de ingeniería aeronáutica; el movimiento Lubavitch, el más importante de los grupos judíos que pregonan un retorno a la más estricta observancia religiosa, cuenta con numerosos estudiosos de la informática y una de sus figuras capitales en Israel, el profesor Branover, es un especialista mundialmente reconocido en magnetohidrodinámica. Ejecutivos de la industria y médicos abundan en las asociaciones carismáticas del renacimiento católico en Europa. Los electricistas han producido en Polonkia un Lech Walesa, igual que en Egipto han dado un Faraj, el ideólogo del grupo que asesinó a Sadat. Se trata de un fenómeno nuevo: estábamos acostumbrados a dar por supuesto que los medios anclados en la religión tenían como característica no haber estado expuestos a la modernidad, haber sido reclutados principalmente en el campo, en los sectores de más edad o en los menos instruidos de la población.

En EE.UU., durante los años veinte, en ocasión del "proceso del mono", el profesor Scopes fue juzgado por atreverse a decir en sus clases de ciencias naturales, en el estado de Alabama, que el hombre desciende del mono, lo que provocó el enfrentamiento de dos Américas: contra Scopes, los predicadores fundamentalistas salidos del universo rural y poco instruidos; a favor suyo, las elites internacionales venidas expresamente desde Nueva York.

A modo de revancha, hoy día la presencia de estos jóvenes con formación científica en los movimientos de reafirmación religiosa plantea nuevas cuestiones. Y en concreto la de la finalidad de un saber técnico, fragmentado, que no proporciona más que una visión parcial e instrumental del mundo sin hacer realmente posible su intelección.

Crisis de futuro, acentuada por el descalabro del mesianismo socialista y la pérdida de sustancia del enfrentamiento derechaizquierda, crisis de la solidaridad nacida de la sociedad industrial (los sindicatos y la múltiple malla asociativa tejida por el movimiento obrero), crisis de los estados y de las naciones en el jaleo del Este, o crisis total, que suma todos estos deterioros, en el caso de una Argelia que bascula hacia el Frente Islámico de Salvación (FIS) hasta el punto de desacreditar completamente a un Frente de Liberación Nacional (FLN) que ha monopolizado el poder desde hace prácticamente tres décadas: los movimientos de reislamización, rejudaización y recristianización se han colado por estas brechas y saben utilizar un lenguaje que es inteligible para muchos de los desencantados que la posmodernidad ha dejado en la cuneta.

Restablecer un proyecto alternativo verosímil y solidaridades nuevas en el seno de un mundo inmerso en el desconcierto es a lo que deberán consagrarse las fuerzas laicas si no quieren que esta revancha de Dios inaugure el tercer milenio.



AFP

### El Islam antiiluminista

# LA VENGANZA DEL SUR

**Por François Burgat***

Cuidado, un integrismo puede esconder otros. Los musulmanes no son los únicos que se vuelven hacia el cielo para encontrar en él las respuestas que el estado secular les niega: los judíos hacen lo mismo, y los cristianos también, como nos recuerda oportunamente Gilles Kepel. El fenómeno es universal: es la revancha de Dios.

Entonces, el imán Jomeini, el rabino Kahane y monseñor Lefèvre ¿están en el mismo combate? Eso es muy precipitado; por muy estimulante que sea, el situar las tres religiones monoteístas en la misma perspectiva lleva en realidad a oscurecer, más que a aclarar, la naturaleza de la temática islamista, los términos en los que previsiblemente tendrá lugar su evolución y, sobre todo, las razones de su formidable capacidad de movilización.

Es necesario recordar que las formas de asimilación política de una religión se explican menos por su esencia dogmática que por la psicología de quienes la practican. El análisis del papel que los individuos o los grupos sociales le piden a esa religión que desempeñe no puede hacerse, por tanto, más que en estrecha relación con la dinámica histórica interna de sus respectivos entornos. Por consiguiente, tratándose de sociedades sometidas a exigencias radicalmente distintas, ¿se puede realmente establecer un paralelismo entre comportamientos (religiosos) cuando se sabe que éstos están indisolublemente ligados al ámbito de la imaginación individual y colectiva de los agentes?

Antes que el regreso de Dios, la dinámica más perceptible en este final de siglo, ¿no consistiría más bien en el regreso al primer plano del escenario mundial de sus hijos del Sur, olvidados durante un tiempo? Pero si bien este Sur no es sólo musulmán —y da lo mismo—, por su parte el Norte es, por aplastante mayoría, completamente *judeocristiano*, y por la circunstancias, el lenguaje de esa cultura judeo-cristiana es el que ha servido para expresar, si no para fundar, la marginalización de la que el Tercer Mundo —sobre todo el musulmán— intenta salir actualmente. En esa medida, en el Norte cristiano o judío la relación con el Sur constituye un elemento central para la formación de su identidad cultural y política. En el Sur, el episodio colonial y sus diversas secuelas forman el núcleo central de la conciencia de todo individuo. Esta realidad puede resultar deplorable o fastidiosa. Ignorarla, o fingir sorpresa ante el hecho de que puedan comprenderla aquellos que no la han vivido, equivale a considerar que la imaginación colectiva de una sociedad se renueva completamente con cada generación.

Por consiguiente, es necesario establecer claramente los límites de una posible comparación. En el Sur como en el Norte, el resurgimiento de lo religioso en el sistema de representación es una clara manifestación del malestar en que viven las sociedades que son presa de una actitud de cuestionamiento ante los valores y categorías que han dominado este siglo. Pero ahí se acaba la analogía. El éxito que desde hace varias décadas conocen las mezquitas no se debe tanto a que en ellas se hable de Dios, sino más bien al hecho de que el lenguaje que se utiliza para hacerlo emana del único recinto que ha resistido a la presión cultural del Norte. En este caso, el aparente retorno de lo religioso fomenta menos un resurgimiento de lo sagrado dentro de un universo secular que una restauración de las referencias, sobre todo políticas, de la cultura local, a las que se invita a recuperar la ambición perdida de universalidad, superando el paréntesis colonial.

**LEGADO POSCOLONIAL**

Si las catedrales europeas empiezan a recibir cada vez más visitantes es sin duda porque al entrar en ellas (sobre todo en los antiguos territorios del comunismo), uno puede distanciarse de los valores seculares. Pero esos valores no pueden ser percibidos como importados, con lo que el rechazo hacia ellos pone de manifiesto una crisis de un carácter completamente distinto. Y además, tanto en el Norte como en el Sur, hay que tener en cuenta el impacto del legado poscolonial: si actualmente hay una tendencia a convertirse en cristiano es porque la protección que ofrecía la categoría nacional (en un territorio con fuertes movimientos migratorios) se vuelve cada día más inoperante.

Que la cultura del padre árabe sea una cultura religiosa hace que el lenguaje de la espiritualidad sea más eficaz a la hora de expresar la condena del Norte materialista. Pero esa convergencia coyuntural del Sur con el Norte no debería ocultar la naturaleza esencialmente diferente de las dinámicas que producen esta aparente revancha de Dios: es cierto que en "el cruce de lo político y lo religioso", el Norte y el Sur coinciden; *pero no por ello deja de ser cierto que viajan en direcciones fundamentalmente opuestas*. Para los del Sur, entre quienes la duda se atenúa, se trata de una reconquista de la identidad; para los del Norte, entre quienes la duda se instaura, se trata de una debilitación de la identidad. Mientras que el Norte rechaza una laicidad que él mismo ha fabricado, el Sur sólo se distancia de los valores laicos (que sólo una mínima elite secularizada había interiorizado plenamente) en la medida en que éstos se expresen en un lenguaje ajeno a su propia cultura. Por mucho que se quiera apartar la mirada de la periferia rigorista y oscurantista (y sobre todo marginal) de la dinámica de esta nueva islamización, y por mucho que no se quiera extrapolar la mentalidad de los asesinos de Sadat a todas las corrientes islamistas, ni interpretar este discurso islamista contemporáneo como algo más que de lo que es, es decir, ...un *discurso*, nada permite por ello prejuzgar la dinámica en curso. Al ser la cultura musulmana capaz de asimilar la distinción, la hipótesis de un resurgimiento de lo laico en el territorio árabe está lejos de verse excluida de los registros religioso y civil de la vida social.

Subestimar estas especificidades irreductibles lleva a reducir el potente proceso de oposición del Sur a la hegemonía ideológica del Norte a un simple prurito religioso que sería tan condenable (en nombre de un rechazo demasiado fácil de todos los integrismos) como extenso. Y esto llevaría a reforzar esa euforia perniciosa en la que Occidente, actualmente, y una vez más, se está durmiendo, después de una victoria técnica de su industria de armamento que se ha alzado demasiado de prisa en garante de su etnocentrismo.

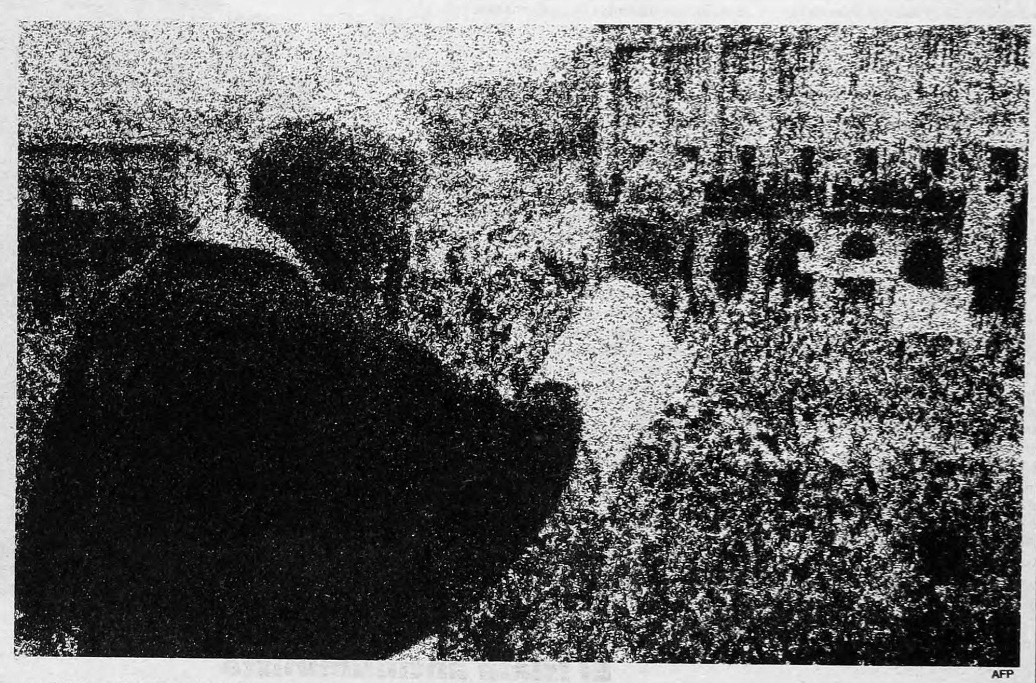
** Miembro del CNRS-CEDEJ de El Cairo.*

# ¿REEVANGELIZACION IGUAL A RECATOLIZACION?

**Por Hans Küngt**

La premisa para cualquier diálogo entre las religiones es la autocrítica, también en el caso del cristianismo. Sólo así se obtiene credibilidad. Pero esta autocrítica apenas existe hoy en el catolicismo oficial romano. Actualmente son numerosas las quejas entre los cristianos sobre el fanático islamismo fundamentalista (y en parte también sobre el fundamentalismo judío) y no se tiene en cuenta que el término fundamentalismo procede de ese protestantismo que busca seguridad para sí mismo y contra los demás agarrándose a la letra de la Biblia. En el catolicismo hay una variante del fundamentalismo. Consiste ésta en la identificación, por parte de la actual jerarquía eclesiástica, de la fe católica con las últimas tradiciones de la Iglesia y en la pretensión de reintegrar Iglesia y sociedad a un paradigma medieval a través de una "reevangelización igual a re-catolización", que marginaliza y descuida a protestantes, ortodoxos y judíos.

Ya alerté en mi *Proyecto de una ética mundial* sobre los peligros de esa *recatolización* antimoderna (y también antiprotestante y antiortodoxa) de Polonia, un país que ya era, aunque no lo reconociera así, el modelo del Papa para otros países. Entretanto, la Iglesia Católica polaca se ha convertido, según las encuestas, en la institución más poderosa (aunque no más querida) del país: más poderosa que el gobierno, el presidente, el Parlamento, el ejército y Solidaridad. El 74 por ciento de los polacos opina hoy que el papel político de la Iglesia es excesivo. Con ese poder, la Iglesia ha comenzado a restaurar enérgicamente el statu quo ante medieval, de tal modo que las protestas se alzan no sólo entre los cristianos, ortodoxos y protestantes, y entre los judíos, sino también entre los católicos progresistas (como el anterior jefe del gobierno Tadeusz Mazowiecki):



AFP

• Sin consultar al Parlamento se ha introducido nuevamente en las escuelas polacas la enseñanza religiosa, impartida por un clero poco preparado pedagógicamente para esta tarea.

• A pesar de que el 59 por ciento de los polacos apoya la legalización, siquiera restringida, del aborto, se va a introducir una de las leyes de aborto más restrictivas del mundo.

• Se eliminarán las subvenciones estatales para la píldora anticonceptiva (¡a pesar del impresionante número de abortos anuales!); muchas mujeres no podrán adquirir la píldora a un precio tres veces más alto.

• Se esperan también nuevas leyes contra el divorcio la pornografía.

• El capellán superior militar tendrá rango de general, la jerarquía eclesiástica está presente en los actos públicos importantes.

• Muchos obispos exigen la derogación del artículo de la Constitución sobre la separación del Estado y la Iglesia.

• En muchos casos se ejerce a nivel local el terror psicológico sobre los disidentes (que entre otras cosas, exigen un referéndum sobre la ley del aborto); la influencia de la Iglesia sobre las elecciones y los políticos crece constantemente...

"¿La Iglesia, la Iglesia sobre todo?", preguntaba una pintada en un muro. ¿Escrita por quién? Por los que temen un Estado clerical gobernado según los dictados del Mesías-Papa polaco. Sin embargo, la Iglesia, que desde el cambio hacia la democracia se ha transformado rápidamente de un refugio de la libertad, sin poder político, en un bastión autoritario del poder, ha perdido también rápidamente credibilidad (del 83 por ciento en 1990 al 58 por ciento en 1991). Se perfila el peligro de una polarización general de la sociedad polaca. Este proceso se ha visto favorecido por la visita papal de junio de 1991, en la que Karol Wojtyla como un papa de las Cruzadas, iracundo viajó por el país y negó al Parlamento el derecho a promulgar una ley del aborto de carácter liberal (para indignación de todos los demócratas), comparó el aborto del feto con el Holocausto (para escándalo de los judíos) y, por fin, ensalzó ante miles de soldados el heroísmo nacional-político y afirmó el "derecho legítimo a la defensa", cuando durante la guerra del Golfo prácticamente predicó el pacifismo total. En cambio, no dedicó ni una palabra a la construcción de una verdadera democracia.

Al Papa sin duda le irritó especialmente la encuesta a escala nacional, realizada en vísperas de su visita, y de la que seguramente tenía conocimiento, aunque fuera silenciada en los medios de información polacos y poco difundida en la prensa occidental. Esta encuesta muestra con claridad las nuevas fronteras surgidas en la Polina poscomunista. A la pregunta de si la Iglesia católica tiene derecho a exigir al pueblo el sometimiento a su doctrina en lo tocante a los medios anticonceptivos, el 81 por ciento de todos los polacos contestó con "decididamente no" o "probablemente no". El 71 por ciento respondió de manera parecida sobre el tema del aborto, y el 63 por ciento, sobre la cuestión del divorcio. Estos números demuestran que la jerarquía eclesiástica no cuenta en absoluto con el apoyo de la mayoría de la población en estas cuestiones candentes. Naturalmente no se trata simplemente de ceder al espíritu de la época y tolerar en silencio la permisividad. Pero la Iglesia haría bien en reflexionar sobre su doctrina rigurosa y poco diferenciada en materias de moral sexual, pues corre el peligro de perder la credibilidad que necesita urgentemente para la verdadera renovación espiritual de este país.

En la última encíclica social *Centesimus Annus* (mayo de 1991), el Papa intenta exponer al mundo entero la actual miseria social. Al mismo tiempo, practica la inquisición para acallar a los portavoces de la teología de la liberación latinoamericana. Por otro lado, constata con satisfacción el fin de los sistemas marxistas en el Este y critica, con razón, los excesos del capitalismo y todas las formas de discriminación y explotación, especialmente en el Tercer Mundo. Pero la crítica fácil del materialismo y consumismo occidentales, que cuesta poco, y la recuperación coyuntural de terreno en Europa del Este no constituyen una verdadera renovación espiritual.

Y por lo que se refiere al Tercer Mundo, el magisterio de la Iglesia se hace también culpable de la miseria, el hambre y la muerte de millones y millones de niños en todo el mundo, si continúa su campaña mundial contra los métodos anticonceptivos (y últimamente también contra los preservativos para combatir el SIDA). Como muchos de sus predecesores, desde los tiempos de Lutero, Galileo y Darwin, este Papa, cegado por la doctrina de la infalibilidad en cuestiones de dogma y moral, no quiere reconocer que se halla aquí en un error. Y así se convierte en uno de los máximos responsables de la explosión demográfica descontrolada y, en consecuencia, de la miseria infantil en Latinoamérica, Africa y otros países del Sur. Incapaz de autocríticas, no comprende que es una contradicción combatir al mismo tiempo el aborto y los anticonceptivos, siendo éstos el método más eficaz para hacer descender el número, realmente demasiado alto, de abortos. Polonia tiene la tasa de abortos más alta de Europa —600.000 por año— porque, a falta de todo tipo de anticonceptivos, rechazados todos por el Papa y la jerarquía eclesiástica, el aborto se ha convertido en el método principal de control de la natalidad.

El Papa no quiere comprender que de poco sirve reivindicar ahora derechos humanos (como las libertades de pensamiento, expresión, enseñanza y religión), condenados, hace 100 años por su admirado y antidemocrático antecesor León XII, si para millones de seres humanos, precisamente del Tercer Mundo, una vida digna es de entrada imposible. Y no es posible porque el número de habitantes en el Tercer Mundo, preindustrial y pobre, que ya soporta dos tercios de la humanidad, crece a tal velocidad que las necesarias inversiones humanitarias en ningún caso son suficientes. Al nacer Jesucristo vivían en la tierra alrededor de 200 millones de hombres; en tiempos del descubrimiento de América, 500 millones; a mediados del siglo XVIII, 700 millones. Con la revolución industrial la cifra alcanzó hacia 1830 los 1000 millones, que se doblaron en 1925 y se volvieron a doblar en 1975. Según el informe anual demográfico de la ONU, publicado en mayo de 1991, en nuestro planeta viven actualmente 5400 millones de seres humanos. A finales de esta década serán 6400 millones, y en el año 2025, 8500 millones. Desde la fatídica encíclica de Pablo VI *Humanae vitae* (1968), condenando la contracepción, el número de habitantes del planeta ha crecido de 3500 millones a 5400 millones de habitantes. Juan Pablo II no saca conclusiones de este hecho y silencia simplemente este problema capital de la humanidad. Que en estos momentos innumerables seres humanos carezcan no sólo de los alimentos básicos, de agua y de energía, sino también de techo, trabajo e instalaciones hospitalarias, y que el entorno se degrade cada vez más gracias a las grandes aglomeraciones urbanas y sus barrios de chabolas en expansión, no es razón para apoyar medidas coercitivas de control de la natalidad. Pero hay que propugnar por todos los medios políticos legítimos y medidas sociales paralelas una planificación familiar, que nadie puede impulsar con más eficacia que las religiones. En otras ocasiones éstas han alcanzado las mentes y los corazones humanos de los llamados países del Tercer Mundo más profundamente que las grandes campañas políticas. Sin el apoyo de las autoridades religiosas las gentes de esos países no cambiarán su comportamiento moral, consolidado durante siglos por las religiones.

• *Catedrático de Teología de la Universidad de Tubinga, Alemania.*